

Historias de amor

Este libro ha recibido una ayuda
a la traducción de Pro Helvetia

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Título original: *Liebesgeschichten*

En cubierta: La muerte de Robert Walser, 25 de diciembre de 1956.
© Foto: Archivo Robert Walser de la Fundación Carl Seelig, Zúrich

Diseño gráfico: G. Gauger & J. Siruela

Edición publicada con permiso de los propietarios
de los derechos: Fundación Carl Seelig, Zúrich

© De esta selección, Suhrkamp Verlag, Zúrich 1978

© De la traducción, Juan de Sola Llovet

© De la traducción de los relatos *Simon, Marie,*
Manuel, El tío y La amada, Juan José del Solar

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-14-0

Depósito legal: M-22.213-2024

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Robert Walser

HISTORIAS DE AMOR

Selección y epílogo de Volker Michels

Traducción del alemán de
Juan de Sola Llovet

 Siruela

Libros del Tiempo / Biblioteca Walser

Índice

Simon	11
Esbozo	18
Meta	20
Dos cuadros de mi hermano	23
La mujer de la ventana	23
El sueño	24
Johanna	26
El mozo	28
La hora del almuerzo	29
El bote	30
La invitación	31
La pareja de enamorados	33
La aventura en el tren	35
La violeta	36
El hada	38
La carta de amor	39
Delirio	40
Dos mujeres	42
El matrimonio	44

Rosa	48
Una historia endiablada	55
Marie	57
Berta	77
El otro solterón	79
La novela italiana	81
Luise	83
El camarada	96
Carta de amistad	100
Parejas de enamorados	101
Una historia	104
¿Puede romperse una promesa?	106
Manuel	108
El tío	110
La amada	111
Señal de fuego	112
La hermosa hija del latifundista	115
La noche casta	118
La bella y el fiel	120
El amante y la desconocida	121
Punto flaco y punto fuerte	123
Las muchachas	125
La única	127
La declaración de Alfred	128
Gretchen	131
El admirador de Edith	132
Parsifal escribe a su novia	136
Cuando los débiles se creen fuertes	138
Cigüeña y puerco espín	140
Edith y el muchacho	144

Alguien escribió	148
Carta de un europeo	153
Fantasía balzaquiana	158
Muy señora mía	161
La dama de la carta	163
El beso (II)	167
La debilidad puede ser fuerza	170
Escritor y ama de llaves	173
El falso Ganina	176
Historia de amor (I)	182
Tres comedias	184
La criada y el poeta	184
La camarera de sala con talento	186
La historia del señor Camembert	187
Hombre y mujer	189
Cuento de Navidad	192
La pieza del archiduque	195
Cuento a la luz de la luna	196
La simpática	200
La mujer del balcón	202
<i>Je t'adore</i>	203
Carta a un esposo	205
Un tipo misterioso	207
Historia de amor (II)	212
La flor	214
Ernestine	215
El hombre del Jura	219
La señorita Miseel	222
Reseña	224
Sobre dos novelitas	226

El bueno escribió...	230
El mecánico	232
La maestra	234
De buena familia	236
Él y ella	238
Ganas de tener un puñal	239
Epílogo	243

Simon¹
Una historia de amor

Tenía Simon veinte años cuando, una tarde, se le ocurrió que, así como en aquel momento estaba tumbado sobre el blando y verde musgo a la orilla del camino, podría irse a otro lugar y hacerse paje. Gritó esto en voz muy alta al aire, hacia las copas de unos abetos que, no sé si será cierto o inventado, sacudieron sus farisaicas barbas y entonaron una carcajada muda, como de piñas de abeto, que ayudó a nuestro hombre a levantarse y lo espoleó a ser inmediatamente aquello que con incontenible apetito deseaba ser. Levantose, pues, y echó a andar a la buena de Dios sin preocuparse por la dirección geográfica. ¡Preocupémonos más bien nosotros de su aspecto exterior! Tiene un par de piernas largas, demasiado largas para un paje en cierne y en

¹ Trad. de Juan José del Solar. Relato incluido en «Historias» (1914), *Vida de poeta*, Alfaguara, Madrid, 1989. (*N. del T.*).

camino, que confieren cierto aire de torpeza a su andadura. Sus zapatos están en mal estado; sus pantalones, idealmente desgastados, y su chaqueta, cubierta de manchas; su rostro es un rostro poco delicado, y su sombrero, para llegar a lo más alto, va adquiriendo lentamente esa forma a la que con el tiempo habrán de reducirlo un trato negligente y la pérdida del fieltro. Él, el sombrero, reposa sobre ella, la cabeza, como una tapa de ataúd corrida a un lado o la tapa de hojalata de una vieja sartén oxidada. Pues realmente la cabeza es de un tono casi cobrizo y nada tiene que objetar a una comparación asartenada. De la espalda de Simon (nosotros, el relato, lo seguiremos ahora paso a paso) cuelga una vieja mandolina desolada, y vemos que él la coge en sus manos y empieza a puntear las cuerdas. ¡Oh prodigio! ¡Qué sonido argentino esconde aquel viejo y magro instrumento! ¿No es acaso como si adorables ángeles blancos tocaran violines dorados? El bosque es una iglesia, y la música que suena parece de un antiguo y venerable maestro italiano. ¡Qué tiernamente toca, con qué dulzura canta ese tosco muchachón! La verdad es que nos enamoraremos de él si no acaba pronto. Pero ya acabó, y tenemos tiempo para reponernos y tomar aliento.

«¡Qué extraño!», iba pensando Simon cuando salió de ese bosque para internarse en otro al poco rato, «¡qué extraño que en el mundo ya no queden pajes! ¿O será que tampoco hay ya damas grandes y hermosas? No lo creo, pues recuerdo que la poetisa de nuestra ciudad, a la que yo enviaba mis poesías, era lo suficientemente gorda, corpulenta y majestuosa como para necesitar un paje muy activo. ¿Qué hará ahora? ¿Seguirá pensando en mí, que la adora-

ba?»». En compañía de tales ideas y sentimientos recorrió otro trecho de camino. Las praderas centelleaban como oro derramado cuando volvió a salir del bosque; en ellas, los árboles eran blancos, verdosos, verdes y tan llenos de savia que él no pudo evitar reírse. Las nubes, en el cielo, remoloneaban anchas y perezosas cual gatos bien estirados. Simon acarició mentalmente su piel suave y variopinta. Entre ellas, el azul era de una frescura y humedad maravillosas. Los pájaros cantaban, el aire temblaba, el éter destilaba perfumes y a lo lejos se veían montes rocosos hacia los que nuestro joven echó a andar directamente. Ya empezaba a subir el camino, y la oscuridad a envolverlo todo. Simon volvió a coger la mandolina, con la que era un mago. Y el relato se sienta nuevamente detrás de él en una piedra, y escucha totalmente perplejo. El autor, mientras, gana tiempo para descansar.

Fatigosa ocupación esta de contar historias. Andar todo el tiempo detrás de aquel romántico muchachón zanquilar-go, que toca la mandolina, y escuchar lo que canta, piensa, siente y dice. Y el tosco joven, el futuro paje, no para de andar y nosotros tenemos que ir tras él como si realmente fuéramos el paje del paje. Seguid escuchando, pacientes lectores, si aún tenéis oídos, pues varias personas harán pronto sus humildísimas reverencias. Será más divertido. Surge un castillo. ¡Qué hallazgo para un paje que busca castillos en ruinas! Y ahora revela tu arte, muchacho, o estás perdido. Y él lo revela. Le canta con una voz tan dulce y halagadora a la dama que se asoma al balcón del primer piso que el corazón de la señora no puede evitar conmoverse. Tenemos un oscuro castillo de cuento; tenemos rocas, abetos, pajes...

no, solo un paje, así es, nuestro Simon, que en este momento reúne en su graciosa persona, anteriormente descrita, a todos los adorables pajes del mundo. Tenemos canto y música de mandolina, tenemos la dulzura que el muchacho sabe arrancarle a su instrumento. Ya ha anochecido, las estrellas brillan, la luna arde, el aire besa, y nosotros tenemos lo que debemos tener a toda costa: una dama suave, blanca, que sonrío desde lo alto e invita a subir con un gesto de la mano. El canto se ha instalado en el corazón de la señora porque es un canto muy sencillo, entrañable, dulce. «¡Sube, querido, bello, tierno y sensible joven!». Aún oímos el grito de júbilo, el sollozo de alegría que, por un breve instante, sale de la garganta del feliz muchacho y atraviesa la noche; vemos desaparecer su sombra, y ahora todo es ya silencio y sombra allí fuera.

El autor intenta arrancarle ahora a su atormentada fantasía lo que sus ojos ya no pueden ver. Ojos penetrantes tiene la fantasía. No hay muro de diez metros de ancho, ni sombra, por negra y venenosa que sea, que detenga su mirada, capaz de atravesar muros y sombras como una red. El paje voló por la ancha escalera alfombrada y, cuando llegó arriba, su graciosa señora estaba a la entrada, envuelta en el vestido blanco, e hizo entrar a Simon de la mano, sobre la que este exhaló su cálido aliento. Rogamos nos ahorren la descripción de todo el besuqueo que siguió. Ningún punto de los hermosos brazos, manos, dedos y uñas quedó a salvo de aquellos ávidos labios rojos, que se hincharon totalmente en el curso del galante ritual. Por eso, y ahora lo advertimos, los pajes tienen siempre un par de labios que parecen las dos páginas de un libro abierto.

Leamos tranquilamente lo que el lenguaje sigue contando allí dentro.

Después de poner freno al muchacho, la dama le contó en tono confidencial, un poco como se le habla a un perro inteligente, afectuoso y fiel, que estaba muy sola, que por las noches se instalaba siempre en el balcón, que la nostalgia de algo inefable no le dejaba pasar ni una hora agradable y despreocupada. Apartole a Simon las hirsutas greñas de la frente, le tocó la boca, palpó sus mejillas ardientes y dijo varias veces seguidas: «¡Querido muchacho! ¡Sí, tú serás mi criado, mi siervo, mi paje! ¡Qué bonito has cantado! ¡Qué mirada tan fiel la de tus ojos! ¡Qué bellamente sonrías tu boca! Hace ya tiempo que estaba deseando un muchacho así para matar el tiempo. Brincarás a mi alrededor como un corzo y mi mano acariciará al gracioso, pequeño e inocente corzo. Me sentaré sobre tu cuerpo moreno cuando esté cansada. ¡Ah...!» Ruborizose aquí un poco la distinguida dama y permaneció un buen rato mirando, en silencio, un oscuro rincón del aposento, que parecía muy suntuoso. Luego sonrió con benevolencia y, como tranquilizándose, se levantó y cogió en una de sus bellas manos las dos de Simon. «Mañana te vestiré de paje, querido paje. ¿Estarás cansado, verdad?» y, sonriendo, con su sonrisa le dio el beso de buenas noches. Luego lo condujo arriba, a una torre, al parecer muy alta, y entraron en un pequeño y pulcro aposento. Allí volvió a besarlo y le dijo: «Estoy totalmente sola. Vivimos aquí totalmente solos. Buenas noches», y desapareció.

Cuando bajó Simon a la mañana siguiente, la blanca señora estaba de pie junto a la puerta, como si llevase ya un

rato esperando pacientemente. Le tendió mano y boca y dijo: «Te amo. Me llamo Klara. Llámame así cuando me desees». Se dirigieron a una habitación espléndida, enteramente alfombrada, con vista a un bosque de abetos verde oscuro. Allí, en el respaldo ricamente tallado de una silla, veíanse prendas de vestir de seda negra, ropa de paje: «¡Ponte esto ahora mismo!». ¡Oh, qué cara de embobada felicidad y sincero entusiasmo habrá de poner nuestro Kaspar, Peter o Simon! Ella le indicó por señas que se cambiase de ropa, salió a toda prisa, volvió sonriente a los diez minutos y encontró a Simon vestido de seda negra, como el paje que su fantasía debió de imaginar en momentos de ensoñación. Simon estaba muy guapo en su traje; su esbelta figura amoldábase admirablemente a la estrecha prisión del uniforme de paje. Y enseguida empezó a actuar como un paje, arrimándose tímida aunque inconscientemente al cuerpo de la dama. «Me gustas», murmuró ella. «¡Ven, ven!».

Siguieron jugando luego día tras día a la dama y al paje, y disfrutaban haciéndolo. Para Simon era algo serio. Pensaba haber encontrado su verdadero oficio, en lo cual no le faltaba razón. Que la amable señora se tomara en serio su amabilidad era algo que a él no se le ocurrió en ningún momento y en esto tampoco le faltaba razón. La llamaba Klara cuando se afanaba servilmente en torno a su voluptuoso cuerpo. Preguntas no le hacía, pues la felicidad, oh lector, no tiene tiempo para andarse con muchas preguntas. Klara se dejaba besar tranquilamente por él, como por un niño. Una vez le dijo: «Oye, soy casada, mi marido se llama Aggapaia. Un nombre diabólico, ¿verdad? Pronto regresará. ¡Oh, qué miedo tengo! Es muy rico. Es dueño del castillo,

de los bosques, las montañas, el aire, las nubes y el cielo. No te olvides del nombre. ¿Cómo he dicho que se llama?». Simon tartamudeó: «Akka... Akka...». «Aggapaia, mi querido muchacho. Y ahora duérmete tranquilo. El nombre no es un diablo». Y dijo estas palabras llorando.

Pasaron nuevamente algunos días, y al cabo de una o dos semanas, la dama y el paje se sentaron una tarde en el balcón del castillo. Ya estaba oscureciendo, y las estrellas, como enamorados caballeros, dejaban caer su brillo sobre la extraña pareja: la dama con un vestido moderno y el paje con traje español. Como solía hacer todas las tardes, este punteaba las cuerdas de su mandolina, y el relato discutía conmigo sobre qué cosa era más dulce, si el punteo de los ágiles dedos o los apacibles ojos femeninos que observaban al intérprete. La noche merodeaba como un ave de rapiña. La oscuridad iba en aumento, cuando, de pronto, ambos oyeron un disparo en el bosque. «Ya viene. El diablo Aggapaia está muy cerca. Tranquilo, muchacho. Te lo presentaré. No tienes nada que temer». Frunció, sin embargo, el ceño la que acababa de hablar, las manos le temblaron, suspiró y deslizó una breve carcajada entre la marea de angustia que se esforzaba por ocultar. Simon la observaba en calma; alguien gritó desde abajo: «¡Klara!». La señora respondió con un «sí» entrañable y extrañamente agudo. La voz replicó preguntando: «¿Con quién estás allá arriba?». «Es mi corzo, mi pequeño corzo». Al oír esto, Simon se puso en pie de un salto, abrazó a la temblorosa dama y gritó hacia abajo: «¡Soy yo, Simon! Más de dos brazos no

hacen falta para demostrarte, sinvergüenza que estás allí abajo, que soy un muchacho con el cual no se juega. ¡Sube y verás, te presentaré a mi querida dueña y señora!». El diablo Aggapaia, que en aquel momento debió de sentirse un diablo muy necio, engañado y cornudo, se quedó abajo, aparentemente para pensar qué tipo de ataque exigía la situación tan peligrosa en que se encontraba. «Un crápula ciego, frío, insolente y desalmado es el que está allá arriba. Mi superioridad es dudosa. Tengo que pensar, pensar, pensar». También la noche, el extraño comportamiento de su esposa, la voz del «chiquilín ese de arriba» y ese enigmático algo que el diablo no sabía cómo definir lo obligaron a reflexionar ciegamente. ¡Piensa!, parpadeaban las estrellas; ¡piensa!, graznaban los pájaros nocturnos; ¡piensa!, decían confusamente, aunque con suficiente claridad, las copas de los abetos al mecerse... «Está pensando», cantó la fresca voz del paje feliz de su victoria. Y aún sigue pensando el pobre y negro diablo de Aggapaia, firmemente aferrado a su reflexión. Simon y Klara son ahora marido y mujer. ¿Cómo? Lo dirá un poco más tarde la historia que, ya casi sin aliento, necesita aquí un descanso.

Esbozo

Llegó como venido de una nebulosa lejanía. Solo eso ya le confería respeto. Ella jamás había visto a un hombre de aspecto parecido. Pensó: «Parece que está ante un peligro inminente». Él era pobre, llevaba ropas andrajosas, aunque se movía ufano. Sus modales denotaban sosiego y una gran